

Sarah Dessen

*Te vas  
sin decir  
adiós*

*Traducción:*

ELENA ABÓS

MAEVA  young

*Para Gretchen Alva, con cariño y admiración*

# 1



La mesa estaba pegajosa, en mi vaso de agua había un manchurrón y llevábamos diez minutos sentados sin ni siquiera haber visto a la camarera. Aun así, yo ya sabía lo que iba a decir mi padre. A estas alturas, formaba parte de la rutina.

–Bueno, la verdad es que le veo un gran potencial.

Estaba mirando alrededor mientras hablaba, admirando la decoración. En el menú describían al restaurante Luna Blu como «Un italiano moderno para chuparte los dedos, como antiguamente». Sin embargo, por lo que pude apreciar en el rato que llevábamos allí, lo dudaba mucho. En primer lugar, eran las doce y media de un día laborable y nuestra mesa era una de las únicas dos que estaban ocupadas. En segundo lugar, la planta de plástico tenía medio dedo de polvo. Pero mi padre era un optimista. Era su trabajo.

Lo observé mientras estudiaba el menú con el ceño fruncido. Necesitaba gafas, pero había dejado de llevarlas después de perder tres pares en un corto espacio de tiempo, así que entrecerraba mucho los ojos. En cualquier otra persona habría quedado raro, pero a mi padre le daba un aire aún más encantador.

–Tienen calamares y guacamole –dijo mientras se apartaba el pelo de los ojos–. La primera vez que me encuentro los dos platos en el mismo menú. Deberíamos pedir las dos cosas.

–Ñam, ñam –dije mientras una camarera, con minifalda y botas de piel de borrego, pasaba de largo sin ni siquiera mirarnos.

Mi padre la siguió con la mirada y luego posó la vista sobre mí. Noté que estaba preguntándose, como hacía después de cada una de nuestras escapadas, si estaba enfadada con él. Pero no lo estaba. Bueno, siempre era una lata dejarlo todo y marcharnos de nuevo. Pero también depende de cómo se mire. Si lo consideras un cambio de moleador que te va a arruinar la vida, estás perdida. Pero si lo tomas como una repetición, como una oportunidad de reinventarte y comenzar de nuevo, entonces está muy bien. Estábamos en Lakeview a principios de enero. A partir de ahora, podría ser quien yo quisiera.

Se oyó un golpe y miramos hacia el bar, donde una chica con pelo largo y negro y los brazos tatuados acababa de dejar caer una gran caja de cartón. Soltó un suspiro, claramente molesta, y se arrodilló para recoger los vasos de papel que rodaban a su alrededor. Cuando había completado la mitad de su tarea, levantó la vista y nos vio.

–Oh, no –dijo–. ¿Llevan mucho tiempo esperando?

Mi padre dejó la carta sobre la mesa.

–No mucho.

Ella puso cara de no creérselo, se levantó y recorrió el restaurante con la mirada.

–¡Tracey! –gritó, y nos señaló–. Tienes una mesa que atender. ¿Podrías hacer el favor de ir a saludar y ofrecerles algo de beber?

Se oyeron unas pisadas fuertes y, al cabo de un momento, la camarera con botas dobló la esquina y apareció ante nosotros. Por su cara, parecía que iba a darnos una mala noticia cuando sacó la libreta de la comanda.

–Bienvenidos al Luna Blu –recitó sin expresión–. ¿Desean beber algo?

–¿Cómo están los calamares? –le preguntó mi padre.

Ella lo miró como si fuera una pregunta trampa, hasta que finalmente dijo:

–No están mal.

Mi padre sonrió.

–Estupendo. Pues una ración de calamares y otra de guacamole. Ah, y también una ensalada pequeña de la casa.

–Hoy solo tenemos vinagreta –le informó Tracey.

–Perfecto –dijo mi padre–. Es justo lo que queríamos.

Ella lo miró con escepticismo por encima del bloc de notas. Luego suspiró, se metió el lápiz detrás de la oreja y se marchó. Estuve a punto de llamarla de nuevo para pedir una coca-cola, cuando el teléfono de mi padre zumbó y saltó sobre la mesa, chocándose contra el cuchillo y el tenedor. Lo tomó, miró la pantalla con los ojos entrecerrados y volvió a dejarlo en su sitio sin hacer caso al mensaje, tal y como había hecho con los que había recibido desde que salimos de Westcott aquella mañana. Cuando me miró, hice un esfuerzo por sonreír.

–Tengo buenas sensaciones –anuncié–. Este sitio tiene mucho potencial.

Me miró un momento y luego me puso la mano sobre el hombro y me dio un apretón.

–¿Sabes qué? –me dijo–. Eres una chica genial.

Su teléfono volvió a zumbiar, pero en esta ocasión ninguno de los dos lo miramos. Mientras tanto, en Westcott, otra chica genial llamaba o enviaba mensajes preguntándose por qué su novio, ese hombre tan encantador pero incapaz de comprometerse, no le devolvía las llamadas ni los mensajes. Tal vez estaba en la ducha. O se le había vuelto a olvidar el teléfono. O tal vez se encontraba en un restaurante de otra ciudad a cientos de kilómetros de distancia, con su hija a punto de comenzar de nuevo su vida.

Unos minutos más tarde regresó Tracey con el guacamole y la ensalada y los dejó con estrépito entre los dos.

–Les traigo los calamares en un momento –nos informó–. ¿Necesitan algo más?

Mi padre me miró y, sin poderlo evitar, sentí una punzada de fatiga al pensar en volver a pasar por todo aquello. Pero dos años atrás había tomado la decisión: quedarme o irme, ser una cosa o muchas diferentes. De mi padre se podría decir mucho, pero la vida con él nunca es aburrida.

–No –respondió a Tracey, aunque sin apartar de mí sus ojos azules y vivos, igual que los míos–. Estamos bien así.

Cada vez que mi padre y yo nos trasladábamos a una nueva ciudad, lo primero que hacíamos era dirigirnos a comer al restaurante que le habían encargado reflotar. Siempre pedíamos lo mismo: guacamole si era mexicano,

calamares en los italianos y, en todos los casos, una ensalada sencilla. Según él, estos eran los platos básicos que deberían ofrecer en todos los sitios decentes, y tenían que hacerlos bien. Eran como la base, el punto de partida para lo que vendría después. Con el tiempo, llegaron a ser la medida que me permitía calcular cuántos meses nos quedaríamos en un lugar. Si el guacamole estaba bueno y la ensalada más o menos fresca, más me valía no hacer muchos amigos. Pero si los calamares estaban correosos o la lechuga mustia con rebordes oscuros, podía apuntarme a algún deporte en el colegio, o incluso a alguna actividad extraescolar o dos, porque seguro que nos quedaríamos una temporada.

Después de comer, pagábamos la cuenta, dejábamos una buena propina, pero sin exagerar, y nos dirigíamos a nuestra casa alquilada. En cuanto desenganchábamos el remolque, mi padre regresaba al restaurante para presentarse oficialmente y yo me ponía manos a la obra para adecentar nuestro hogar.

EAT INC., la compañía de restaurantes para la que mi padre trabajaba como consultor, siempre nos buscaba el alojamiento. En Westcott, la ciudad costera de Florida que acabábamos de abandonar, nos habían alquilado un bungalow precioso a una manzana de la playa, pintado de verde y rosa. Había flamencos de plástico por todas partes: en el césped, en el baño, e incluso formando una cadenita de luces sobre la repisa de la chimenea. Cursi, pero adorable. Antes de eso, en Petree, un barrio residencial de Atlanta, teníamos un *loft* en un edificio alto habitado en su mayoría por solteros y ejecutivos. Todo era de madera de teca en tonos oscuros, con muebles modernos

y angulosos, silencioso y muy frío. Tal vez me llamó especialmente la atención al compararlo con nuestra primera casa, en Montford Falls, un chalet en una calle sin salida en la que únicamente residían familias. En todos los jardines había bicicletas y en todos los porches banderolas: orondos papás noeles en Navidad, corazoncitos para San Valentín, arco iris en primavera. La pandilla de madres que empujaban los carritos a toda velocidad hacia la parada del autobús escolar por la mañana, y que por la tarde iban enfundadas en sus pantalones de yoga, no dejó de observarnos descaradamente desde que llegamos. Veían que mi padre iba y venía a horas extrañas y me lanzaban miradas compasivas cuando yo llegaba con la compra y el correo. Yo ya sabía perfectamente que había dejado de formar parte de lo que se considera una familia tradicional. Pero, por si no me había enterado, sus miradas me lo confirmaban cada día.

En aquel primer traslado todo fue tan distinto que no sentí la necesidad de cambiar yo también. Lo único que alteré fue mi nombre y para ello corregí educada pero firmemente a mi tutor en el primer día de clase.

–Eliza –le dije.

Él miró la lista, hizo un tachón y escribió mi nuevo nombre. Así de fácil. En el barullo de los primeros momentos de clase, dejé atrás los primeros quince años de mi vida y volví a nacer. Y todo eso incluso antes de empezar la primera hora.

No estaba segura de qué pensaba mi padre de todo esto. Unos días más tarde, cuando alguien llamó por teléfono preguntando por Eliza, pareció desconcertado pero no dijo nada. Yo alargué el brazo para pedirle el

teléfono y él simplemente me lo dio. Yo sabía que a su manera lo entendía. Los dos habíamos abandonado la misma ciudad en las mismas circunstancias. Él tenía que seguir siendo el mismo, pero yo no dudaba ni por un momento de que también habría cambiado si hubiera podido.

Como Eliza, tampoco cambié tanto. Había heredado lo que mi madre denominaba «aspecto de haberme criado comiendo maíz»: alta, con el pelo de color rubio tostado y los ojos azules. Por mi aspecto, era similar al grupo de las chicas más populares del colegio. Y si añadimos el hecho de que no tenía nada que perder, lo cual me daba confianza, pues encajé fácilmente con los deportistas y las animadoras e hice amigos con facilidad. También me ayudó el hecho de que en Montford Falls se conocieran todos desde siempre y ser forastera, aunque por tu aspecto no llamaras la atención, te convertía en alguien exótico, diferente. Esa sensación me gustó tanto que cuando nos trasladamos a Petree, nuestro siguiente destino, lo llevé un poco más lejos: me hice llamar Lizbet y me junté con las del grupo de teatro y de baile. Llevaba medias desgarradas, jerseys negros de cuello vuelto, los labios pintados de rojo, el pelo recogido en un moño supertirante, controlaba las calorías, empecé a fumar y convertí mi vida en pura actuación. Era diferente, eso seguro, pero también agotador. Por eso en Westcott, Florida, la siguiente etapa, me alegré de convertirme en Beth, secretaria de la asociación de alumnos y la más sociable del instituto. Escribía en el periódico escolar, participé en el anuario y daba clases particulares a chicos más pequeños. Organizaba lavados de coches y venta de pasteles para recaudar fondos para la revista literaria, el

equipo de debate y los niños de Honduras para los que el club de español esperaba construir un centro recreativo. Yo era esa chica a la que todo el mundo conoce, la que sale en todas las fotos del anuario escolar. Lo cual haría mucho más evidente mi desaparición al curso siguiente.

Lo más extraño de todo esto era que, antes, en mi antigua vida, no había sido ninguna de esas cosas: ni líder de los estudiantes ni actriz ni deportista. Entonces era simplemente una del montón, normal, común y corriente. Solo Mclean.

Ese era mi nombre auténtico, mi nombre de pila. También se llamaba así el entrenador de baloncesto con más victorias en la historia de la Universidad de Defriese, donde estudiaron mis padres. Ese era el equipo de baloncesto favorito de mi padre, de toda la vida. Si dijera que mi padre era un fanático del equipo de baloncesto de Defriese, me quedaría corta; como si dijera que el sol es una estrella cualquiera. Desde niño, cuando vivía a unos ocho kilómetros del campus universitario, no existía más que para el BD, como lo llamaban los forofos del equipo. En verano iba a los campamentos de baloncesto, se sabía de memoria las estadísticas de todos los equipos y jugadores, y en todas las fotos del colegio, desde preescolar hasta el último año de bachillerato, sale con una camiseta del equipo. El tiempo que pasó sobre la cancha, después de estar dos años calentando banquillo, fueron los mejores catorce minutos de su vida... Marcaron la diferencia. Sin contar el día en que nací, como solía añadir apresuradamente cada vez. Eso también fue genial. Tan genial, que no hubo duda de que elegirían mi nombre en honor a Mclean Rich, su antiguo entrenador y el hombre que más

admiraba y respetaba en este mundo. Mi madre sabía que era inútil oponerse, así que accedió con la condición de que me pusieran un segundo nombre más normal, Elizabeth, que me permitiera elegir entre los dos en el futuro si se diera el caso. Yo pensaba que ese día nunca llegaría, pero nunca se sabe.

Hace tres años mis padres, que habían sido novios desde la universidad, estaban felizmente casados y me criaban a mí, su única hija. Vivíamos en Tyler, la ciudad universitaria cuyo epicentro era la Universidad de Delfriese. Allí teníamos un restaurante, el Grill Mariposa. Mi padre era el chef, mi madre llevaba el negocio y la barra y yo crecí en un despacho abarrotado de cosas, coloreando hojas de facturas, o sentada sobre una mesa en la cocina mientras miraba a los pinches echar cosas en la freidora. Teníamos abonos para la temporada del BD. Nos sentábamos arriba del todo, donde mi padre y yo nos dejábamos los pulmones de tanto gritar mientras los jugadores se movían como hormiguitas a lo lejos. Yo me sabía las estadísticas del equipo igual que las otras niñas lo sabían todo sobre las princesas de Disney: jugadores de hoy y de ayer, promedio de puntos por partido de titulares y suplentes, cuántas victorias necesitó Mclean Rich para batir su récord de triunfos. El día que lo hizo, mi padre y yo nos abrazamos, brindamos con cerveza, él, y *ginger ale*, yo, tan orgullosos como si fuésemos de su familia.

Cuando Mclean Rich se retiró, estuvimos de luto y luego nos preocupamos sobre los candidatos para sustituirlo. De ellos estudiamos sus trayectorias y sus estrategias ofensivas. Estuvimos de acuerdo en que Peter

Hamilton, joven, entusiasta y con un buen historial, era la mejor opción y asistimos a la fiesta de bienvenida en su honor con enormes esperanzas depositadas en él. Y esas esperanzas parecían bien fundadas, la verdad, pues el mismo Peter Hamilton se pasó una noche por el Mari-  
posa y le gustó tanto la comida que quiso usar nuestro reservado para celebrar una cena de equipo. Mi padre estaba en la gloria con sus dos grandes pasiones, el baloncesto y el restaurante, por fin juntas. Fue genial. Luego mi madre se enamoró de Peter Hamilton. Y eso ya no fue tan genial.

Ya habría sido bastante malo si hubiera dejado a mi padre por cualquier otro. Pero para mi padre y para mí, como buenos forofos del BD, Peter Hamilton era un dios. Y los ídolos caen, y a veces aterrizan justo encima de ti y te aplastan. Destruyen tu familia, te avergüenzan ante los ojos de tu querida ciudad y te amargan para siempre el deporte del baloncesto.

Incluso después de todo este tiempo, me sigue pareciendo imposible que mi madre hiciera eso, lo cual todavía me deja atontada en el momento más inesperado. Cuando mis padres me explicaron que se iban a separar, pasé las primeras semanas como si fueran extrañas e irreales; no dejaba de repasar lo sucedido el año anterior e intentaba descubrir cómo podía haber ocurrido. Y sí, vale, el restaurante tenía problemas y eso había causado tensiones entre mis padres. Yo sabía que mi madre no dejaba de repetirle a mi padre que no pasaba el tiempo suficiente con nosotras, a lo que él replicaba que no se preocupara, que tendría mucho más tiempo libre cuando viviéramos debajo de un puente. Pero ese tipo de discusiones ocurrían en

todas las familias, ¿no? Eso no significaba que fuese correcto largarse con otro hombre. Especialmente con el entrenador del equipo favorito de tu marido y tu hija. La única persona que tenía la respuesta a todas estas preguntas no decía nada. Al menos, no tanto como yo hubiese querido. Tal vez era de esperar, pues mi madre nunca había sido del tipo supercariñoso, ni dada a las confidencias. Las pocas veces que intenté abordar la pregunta del millón –¿por qué?– en aquellos primeros días tras la separación, y los siguientes, ella no me contaba lo que yo quería oír. En lugar de eso, me soltaba su frasecita: «Lo que ocurre dentro de un matrimonio es algo entre las dos personas que lo forman. Tu padre y yo te queremos muchísimo. Y eso no cambiará nunca». Las primeras veces me lo decía con tristeza. Luego fue adquiriendo un tono de irritación. Y cuando pasó al enfado dejé de hacer preguntas.

«¡HAMILTON ES UN DESTROZAHOGARES!» exclamaban los blogs deportivos. «DE PRIMERO, TOMARÉ A TU ESPOSA, POR FAVOR.» Es extraño cómo los titulares podían ser tan graciosos cuando la realidad no tenía ninguna gracia. Y para mí todavía era más raro, ya que algo que siempre había formado parte de mi vida, de donde venía incluso mi nombre, ahora estaba, literalmente, en mi vida. Como si te encantara una película y te supieras cada secuencia de memoria, y de repente te encontraras viviendo dentro de ella. Pero no es una película de amor, ni una comedia, sino tu peor pesadilla.

Y todo el mundo hablaba de ello, por supuesto. Los vecinos, los periodistas deportivos, los chicos de mi instituto. Probablemente todavía seguirán cotilleando, tres años

y dos gemelitos Hamilton después, pero afortunadamente yo ya no estaba allí para oírlo. Los abandoné, junto a Mclean, cuando mi padre y yo enganchamos un remolque a nuestro viejo Land Rover y pusimos rumbo a Montford Falls. Y a Petree. Y a Westcott. Y, ahora, aquí.

Fue lo primero que vi cuando tomamos el camino de entrada de nuestra nueva casa de alquiler. No la pintura blanca reluciente, con los alegres remates en verde, ni el porche amplio y acogedor. Al principio ni siquiera reparé en las casas que había a ambos lados, similares en tamaño y estilo, una con un césped impecable y el sendero flanqueado por bonitos arbustos, la otra con coches aparcados en el jardín, lleno de vasos de plástico rojo. Vi otra cosa, justo al final del camino, que esperaba para darnos la bienvenida personalmente.

Nos acercamos sin decir ni una palabra y mi padre apagó el motor. Nos inclinamos hacia delante y miramos hacia arriba a través del parabrisas.

Sobre nosotros se alzaba una canasta de baloncesto. Claro. A veces la vida es una broma.

Nos quedamos mirándola un momento. Luego mi padre dejó caer la mano sobre el muslo.

–Vamos a descargar –dijo, y abrió la puerta.

Yo hice lo mismo y lo seguí hacia el remolque. Juro que sentí cómo la canasta me observaba mientras sacaba mi maleta y la llevaba escaleras arriba.

La casa era bonita, pequeña pero muy acogedora, y se notaba que la habían reformado recientemente. Los electrodomésticos de la cocina parecían nuevos y en las paredes

no había marcas de chinchetas ni de clavos. Mi padre volvió a salir para seguir descargando, mientras yo daba una vuelta rápida para recuperarme. La televisión por cable ya estaba conectada, y había wifi: muy bien. Un cuarto de baño solo para mí: todavía mejor. Y al parecer se podía ir andando fácilmente al centro, lo que me evitaría los problemas de transporte que tuvimos en el sitio anterior. Aparte de los recuerdos baloncestísticos, estaba contenta con la casa; al menos hasta que salí al patio trasero y me encontré a una persona tumbada sobre un montón de cojines de los sillones de jardín.

Solté un chillido, agudo y de niña, que me habría avergonzado si no me hubiera dado un susto tan grande. La persona sobre los cojines también se asustó, al menos a juzgar por cómo se encogió y se dio la vuelta para mirarme mientras yo atravesaba a toda prisa la puerta de la casa, agarrándola por el picaporte para poder cerrarla inmediatamente. Mientras echaba el cerrojo, con el corazón todavía desbocado, vi que se trataba de un chico con vaqueros y pelo largo, con una camisa de franela descolorida y zapatillas Adidas desgastadas. Cuando lo interrumpí, estaba leyendo un libro grueso.

Sin dejar de mirarme, se sentó y lo dejó a un lado. Se echó hacia atrás el pelo negro, alborotado y algo rizado, alcanzó una chaqueta que había usado de almohada y la estiró. Era de pana gastada, con algún tipo de insignia en la pechera. Se la puso tan tranquilo antes de levantarse y recoger lo que había estado leyendo, que ahora vi que se trataba de un libro de texto. Luego se echó el pelo hacia atrás con una mano, se volvió y me miró directamente a

través del cristal de la puerta. «Perdona», vocalizó en silencio. Perdona.

–¡Mclean! –gritó mi padre desde la entrada. Su voz me llegó como un eco por el pasillo vacío–, tengo tu portátil. ¿Quieres que lo ponga en tu cuarto?

Yo me quedé allí, paralizada, mientras miraba al chico. Tenía los ojos de color azul intenso y la cara pálida, de invierno, con las mejillas sonrosadas. Todavía estaba intentando decidir si ponerme a gritar pidiendo ayuda cuando me sonrió y me hizo una especie de saludo militar, llevándose los dedos a la sien. Luego dio media vuelta y salió al patio a través de la puerta mosquitera. Pasó por el porche, bajo la canasta, y saltó la valla que nos separaba de la casa de al lado con un movimiento que me pareció muy elegante. Cuando subía los escalones, se abrió la puerta de la cocina. Lo último que vi fue que se ponía muy derecho, como si estuviera preparándose para algo, antes de desaparecer en el interior.

–¿Mclean? –repitió mi padre. Ahora se acercaba y sus pasos resonaban por el pasillo. Cuando me vio, levantó la funda de mi portátil–. ¿Dónde te dejo esto?

Me volví a mirar hacia la puerta por la que había entrado el chico, y me pregunté cuál sería su historia. Uno no se mete en una casa que cree abandonada cuando vive en la casa de al lado, a menos que no tenga ganas de estar en la suya. Y era su casa, eso estaba claro. Se nota cuando alguien es de algún sitio. Eso no se puede fingir, por mucho que quieras.

–Gracias –le dije a mi padre, volviéndome hacia él–. Ponlo por ahí.

## 2



Si tu padre es chef, todo el mundo supone que es él quien cocina en casa. Pero en nuestra familia no era así. De hecho, después de pasarse horas en la cocina de un restaurante, cocinando o supervisando a los cocineros, lo que menos le apetecía hacer al llegar a casa era ponerse frente al fogón.

Por este motivo era mi madre quien cocinaba, aunque decididamente no era su fuerte. Mi padre hacía una be-samel perfecta, mientras que mi madre era la reina de las cremas: un sobre de crema de pollo sobre las pechugas de pollo; crema de brécol por encima de las patatas asadas; crema de champiñones para, bueno, para todo. Y si tenía el día creativo, desmenuzaba unas cuantas patatas fritas por encima del plato y lo llamaba guarnición. Comíamos verduras de lata, queso parmesano rallado y pechugas de pollo descongeladas en el microondas. Y nos parecía bien. En las raras ocasiones en que mi padre estaba en casa por la noche y lo convencíamos para que cocinara, siempre hacía cosas a la parrilla: filetes de salmón o gruesos chuletones. Mientras se preparaban, lanzábamos unos tiros a nuestra machacada canasta de baloncesto, cuyo tablero estaba cubierto de pegatinas del Defriese, de forma que

apenas se veía el color blanco. Por su parte, mi madre abría una bolsa de ensalada ya cortada, añadía un saquito de picatostes y completaba la faena con vinagreta de bote. El contraste podría parecer extraño, pero, de alguna forma, funcionaba.

Cuando el matrimonio de mis padres se derrumbó, yo quedé conmocionada. Tal vez pecara de inocente, pero siempre había pensado que la suya era la «gran historia de amor americana». Ella provenía de una adinerada familia sureña en la que abundaban las reinas de la belleza, mientras él era el hijo único y tardío de un mecánico de coches y una profesora de tercero de primaria. No podían haber sido más distintos. Mi madre había tenido una puesta de largo y había ido a una escuela de protocolo, de verdad; mi padre se limpiaba la boca con la manga de la camiseta y no tenía ningún traje. Y la cosa funcionó hasta que mi madre se cansó. Y así, por las buenas, todo cambió.

Cuando dejé a mi padre por Peter no me podía creer que fuera verdad, aunque viera los destrozos por todas partes: muecas burlonas por los pasillos del instituto, su marcha de casa, el repentino cansancio en el rostro de mi padre. Estaba tan aturdida que ni siquiera se me ocurrió protestar cuando se decidió que pasara los días laborables con mi madre en casa de Peter Hamilton y los fines de semana en nuestra antigua casa con mi padre. Me limité a seguir instrucciones como una sonámbula, en esto y en todo lo demás.

Peter Hamilton vivía en La Cordillera, una urbanización exclusiva de acceso restringido junto al lago. Para entrar había que pasar junto a la caseta del guarda y había

una entrada separada para los jardineros y obreros, de esta manera los residentes no tendrían que cruzarse con las clases bajas. Todas las casas eran enormes. La entrada de la mansión de Peter era tan grande que, si decías algo, tus palabras se elevaban hasta el techo y te dejaban sin habla. Había una sala de juegos con un *flipper* del De-friese, regalo de bienvenida del club de fans, y una mesa de billar con la insignia del equipo pintada en un extremo, cortesía del vendedor, un aficionado al BD. Cada vez que la veía, pensaba que la única persona capaz de apreciar verdaderamente estas cosas era la única que nunca podría hacerlo: mi padre. Ni siquiera podía contárselo, pues parecería un insulto más.

En cuanto a la cocina, Peter Hamilton no cocinaba. Ni mi madre tampoco. Tenían una gobernanta, la señorita Jane, que casi siempre estaba allí para preparar lo que uno deseara, incluso lo que no. Todos los días, después del instituto, me esperaba sobre la mesa una merienda sana y bien presentada y una cena equilibrada –carne, verdura, pasta, pan–, a las seis en punto, si es que no había partido. Pero yo echaba de menos las diversas cremas y las patatas fritas, igual que echaba de menos todo lo demás de mi vida anterior. Quería recuperarla. Pero hasta que mi madre no me dijo que estaba embarazada de los mellizos, no comprendí que eso no ocurriría nunca. Como si me hubieran derramado un cubo de agua fría sobre la cabeza, la noticia de su inminente llegada me sacó de mi estupor.

Mi madre no me lo había dicho cuando se separó de mi padre, pero al hacer cuentas –y cómo odié tener que hacer cuentas– fue evidente que no solo ya lo sabía

entonces, sino que esa fue la razón que la obligó a confesar. Yo solo sabía que había tantas novedades –nos separamos, vas a vivir en otra casa la mitad de la semana, oh, y el restaurante va a cerrar– que ya no creía posible que nada me sorprendiera. Me equivoqué. De repente, no solo tenía un padrastro y una nueva casa, sino también una nueva familia. A mi madre no le bastaba con destruir la familia que yo amaba: la estaba sustituyendo por otra.

Mis padres se separaron en abril. Ese verano, cuando me enteré de que mis hermanastros estaban en camino, mi padre decidió vender Mariposa y aceptar un trabajo como consultor. El dueño de EAT INC., un viejo compañero de universidad, quería contratarlo desde hacía tiempo y ahora la oferta parecía justo lo que necesitaba. Un cambio de dirección, un cambio de escenario. Un cambio, punto. Así que aceptó, con intención de empezar en otoño, y me prometió que regresaría siempre que pudiera para visitarme, y me llevaría con él durante los veranos y las vacaciones. Ni por un momento se le ocurrió que yo quisiera irme con él, como tampoco se le ocurrió a mi madre que yo no fuera a trasladarme permanentemente con Peter y con ella. Pero ya estaba harta de que ellos, o ella, tomaran las decisiones por mí. Ella podía quedarse con su nueva vida resplandeciente y maravillosa, con un marido e hijos nuevos, pero conmigo no se iba a quedar. Decidí marcharme con mi padre.

La cosa tuvo sus momentos dramáticos. Llamaron a los abogados, hubo reuniones. La partida de mi padre se retrasó, primero semanas, luego meses; yo pasaba horas sentada en la mesa de reunión de un despacho u otro mientras mi madre, con los ojos enrojecidos y embarazada, me

lanzaba miradas que me acusaban de haberla traicionado, lo cual era tan irónico que parecía casi gracioso. Casi. Mi padre guardaba silencio mientras su abogado y el de ella me hacían aclarar de nuevo que había sido una decisión mía, no de él. La secretaria del juzgado, ruborizada, intentaba disimular que no hacía más que mirar a Peter Hamilton. Este, sentado junto a mi madre, le daba la mano y adoptaba una expresión seria que reconocí de las prórrogas de los partidos, cuando solo quedan unos segundos por jugar y se han acabado los tiempos muertos. Después de unos cuatro meses de negociaciones se decidió que, sorpresa, yo podía tomar esa decisión por mí misma. Mi madre se quedó lívida; como si ella no supiera nada sobre hacer lo que uno quisiera, y solo lo que uno quisiera, y que se fastidiaran los sentimientos de los demás.

Desde entonces, nuestra relación ha sido, como mucho, tibia. Según el acuerdo de custodia, tenía que visitarla durante las vacaciones, lo que cumplí con el entusiasmo propio de alguien obligado a acatar una orden judicial. Y en todas mis visitas me quedaba claro lo mismo: mi madre solo quería volver a empezar de cero. No tenía ningún interés en hablar de nuestra vida anterior ni del papel que ella había desempeñado en el hecho de que esa vida ya no existiera. No: se suponía que yo tenía que adaptarme perfectamente a su nueva vida y no volver la vista atrás. Una cosa era reinventarme a mí misma por gusto. Pero cuando me obligan, me resisto.

En los dos años de vida itinerante, he echado de menos a mi madre. En esos primeros días en que llegábamos

a un sitio nuevo, donde me sentía sola y tenía que resolver dificultades, no añoraba mi casa ni mis amigos, ni nada específico, sino el consuelo que mi madre representaba. Eran las cosas pequeñas: su olor, cómo me apretaba demasiado al abrazarme, cómo se parecía lo suficiente a mí para hacerme sentir segura con tan solo una mirada. Pero luego me daba cuenta de que no la echaba de menos a ella, sino a un espejismo, a quien yo creía que era ella. La persona a quien nuestra familia le importaba lo suficiente para no querer rompernos en mil pedazos. A la que le gustaba tanto la playa que no le importaba hacer la maleta para un viaje improvisado hacia el Este, daba igual el tiempo que hiciera, la estación, o si podíamos permitirnos alojarnos en el Poseidón, nuestro motel barato preferido con vistas al mar. La mujer que se sentaba al final de la barra del Mariposa, con las gafas en la punta de la nariz, mientras revisaba las facturas en las horas tranquilas entre la comida y la cena, la que cosía retales frente a la chimenea, y usaba todos los pedacitos de nuestra ropa vieja para hacer colchas de *patchwork* que eran como dormir bajo nuestros recuerdos. Yo no era la única que se había ido. Ella también.

Cuando más me acordaba de mi madre no era en el primer día en un instituto nuevo, o en unas vacaciones que no pasábamos juntas; ni siquiera cuando la vislumbraba de pasada en la televisión en un partido del Defriese antes de cambiar de canal. No; lo más raro era que cuando más la echaba de menos era cuando preparaba la cena en una cocina desconocida, mientras freía la carne en la sartén. O al añadir pedazos de pimiento verde a un bote de salsa comprada en la tienda. O mientras abría una lata

de sopa, una bandeja de pollo y una bolsa de patatas fritas al atardecer, esperando hacer algo de la nada.

Siempre que mi padre llegaba para hacerse cargo de un nuevo restaurante, había una persona que encarnaba la resistencia. Alguien que se tomaba cada crítica personalmente, que luchaba contra todos los cambios y que siempre lideraba la brigada de los quejicas y críticones. En el Luna Blu, esa persona era Opal.

Era la encargada, la chica alta de los tatuajes que por fin nos había conseguido una camarera. Al día siguiente, cuando llegué temprano para cenar, iba vestida como una antigua chica *pin-up*: el pelo oscuro recogido muy alto, labios muy rojos y vaqueros con un jersey rosa de pelito con botones de perlas. Se mostró agradable al traerme la coca-cola y sonrió simpática al tomarme nota. Pero cuando me senté a cenar y ellos se pusieron a hablar, quedó claro que sería un hueso duro de roer para mi padre.

–Es una mala idea –le decía a mi padre desde la otra punta de la barra–. A la gente le va a sentar fatal. Cuentan con los panecillos de romero.

–Los clientes habituales sí –replicó mi padre–. Pero no son tantos. Y el hecho es que, como aperitivo gratis, no son económicos ni prácticos. El objetivo es que haya más gente que pida más comida y más bebida, no que unos pocos se atiborren de comida gratis.

–Pero sirven para algo –protestó Opal, molesta–: después de probarlos, les entra hambre y piden más de lo normal.